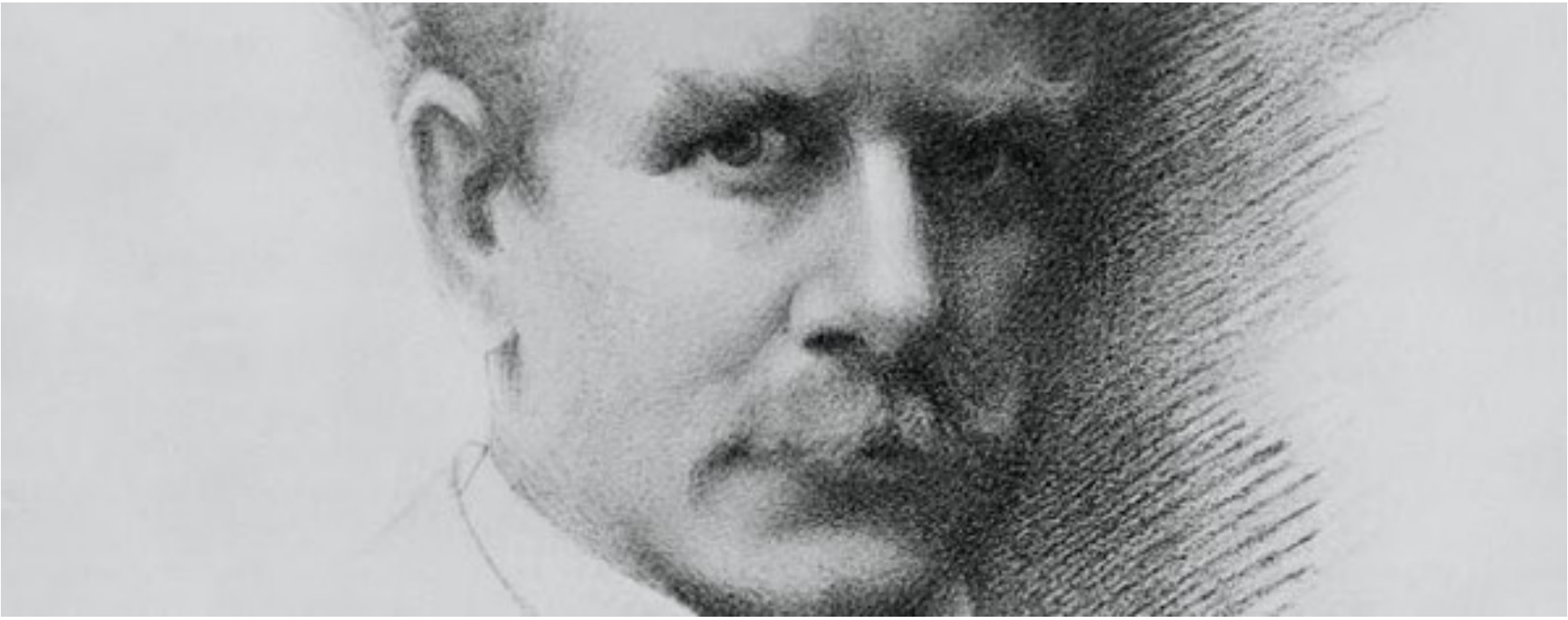
fundación
Ramón y Katia Acín

Lecturas de mar y montaña-2. Ambrose Gwinett Bierce



Os ofrecemos, en las páginas que siguen a continuación, una pequeñísima muestra literaria de un autor quizá menos conocido que su predecesor Edgar Allan Poe o su heredero H.G. Lovecraft, pero que fue sensiblemente diferente a ambos. Ambrose Bierce sobresale por su brillante prosa, *con pesadillas absolutamente límpidas y lúcidamente atroces*, en palabras de Alberto Manguel, -que ya ampliaremos en la siguiente página-. Y sobresale ante todo por la ironía y acidez de su prosa cuando toca los asuntos humanos –que es casi siempre-, resultado de una misantropía que se acrecentó con los años pues su vida, si en lo profesional le fue razonablemente bien, acabó siendo trágica en lo personal. Os brindamos unos ejemplos, casi al azar, pero os invitamos a que busquéis mucho más de su obra, si os resulta atractiva. También queremos informaros de que esta segunda entrada se ha dividido en dos para no alargar excesivamente cada entrega. De modo que la semana que viene entregaremos la segunda parte de Bierce que dará cuenta de más ejemplos y de su biográfico final lleno de incógnitas. Que disfrutéis esta primera parte de Bierce.

Una pequeña introducción a Ambrose Gwinett Bierce (Meigs, Ohio 1842— ¿México 1914?)

Ambrose Bierce vino al mundo en una pobre y numerosísima familia campesina cuyos progenitores eran calvinistas acérrimos. Esa infancia marcó a nuestro protagonista, quien pronto mostró desapego tanto a sus padres como al resto de sus hermanos. Con unos trece años, marchó a trabajar y vivir como aprendiz en el taller de un impresor de Warsaw -Indiana- que editaba el periódico abolicionista *The Nothern Indiana*, trabajo y ciudad que tuvo que abandonar unos cuatro años después debido a su amorío con una atractiva mujer que rondaba los setenta años.

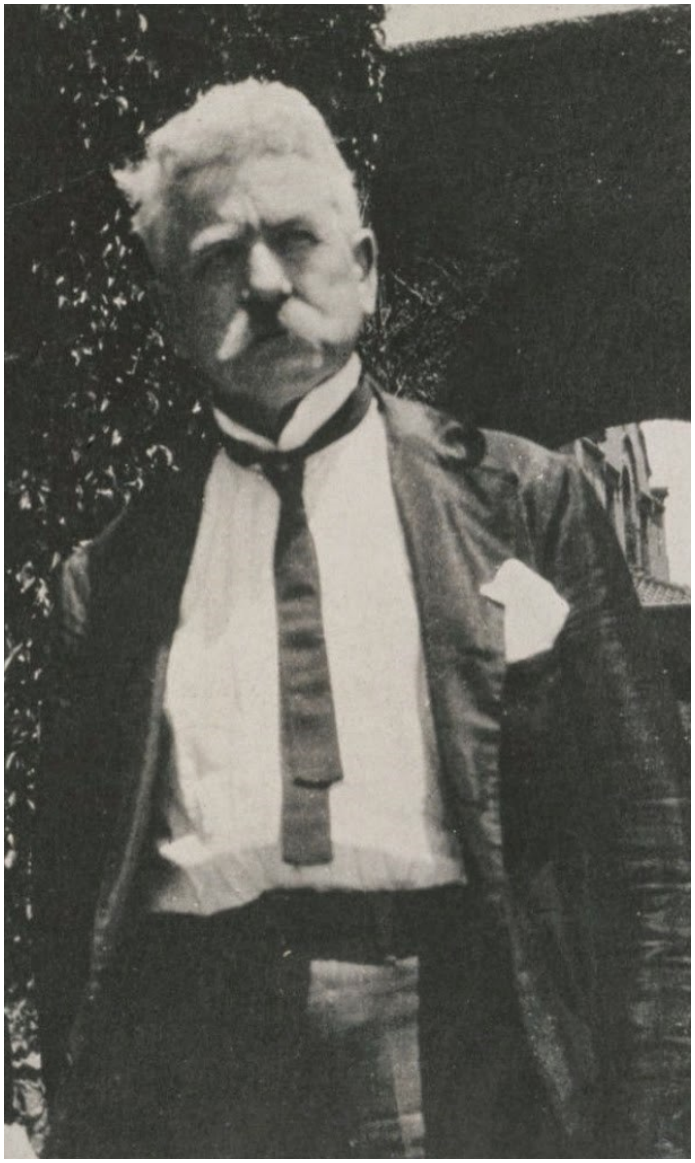
Por consejo de un tío suyo, ingresó en el Instituto Militar de Kentuky, pero allí solamente permaneció un año, según parece debido a un incendio en el centro y del que quizá fue el provocador. Trabajaría después donde pudo, un primer tiempo en la granja familiar, luego como albañil, también de camarero y a los 19 años de edad se sumó al ejército unionista al estallar, en 1861, la Guerra de Secesión americana que enfrentó a siete estados suristas partidarios de la esclavitud con el resto de los estados abolicionistas del norte. Experiencias todas ellas, desde la cuna hasta su participación en aquella sangrienta guerra, que imprimieron a fuego las líneas de su vida y de su escritura.

Mas, a pesar del ambiente atosigante de su niñez, que afectó tanto a Bierce como a sus hermanos y hermanas (solamente con uno de ellos, Albert, mantendría posterior y buena relación), el niño Ambrose, décimo de los trece nacidos y todos sin excepción bautizados con nombres con la “A” como inicial, encontró en la biblioteca de su padre un surtido material literario que debió de leer con aprovechamiento y que sería motor de su educación y de su futura carrera como periodista, crítico y escritor, hasta convertirse en uno de los más importantes y renovadores de la literatura junto a quien fue su colega profesional y amigo Mark Twain (1835-1910).

Ambos eran niños de familias humildes que tuvieron que buscarse la vida en el linde entre la infancia y la adolescencia. También los dos sobrevivieron alrededor de los medios de prensa y mantuvieron una línea literaria similar en muchos aspectos de creatividad, punzante humor y crítica social, compartiendo un grado de misantropía que fue elevándose con el tiempo debido a las adversidades personales de los dos. El punto amargo y provocador de *Bitter* Bierce –así denominaron muchos a nuestro protagonista- estuvo siempre unos grados por encima de su amigo.

Uno de los terrenos literarios en el que Bierce fue un maestro, continuando y renovando las americanas herencias de Nathaniel Hawthorne (1804-1864), Herman Melville (1819-1891) y, cómo no , de Edgar Allan Poe (1809-1849) discurre por el misterio y hasta el horror en algunos casos. Ya hemos mencionado en la portada de esta entrega unas palabras del escritor, traductor y crítico argentino-canadiense Alberto Manguel, particularmente cercano a Jorge Luis Borges pues a los catorce o quince años fue “lazarillo” del ya entonces ciego autor de *El Aleph*, y durante cuatro años fue quien le leía todo tipo de obras literarias y escritos. Manguel escribió sobre Bierce con motivo de una reedición de sus obras escogidas, un texto del que rescatamos las siguientes líneas:

> Hasta ahora, los críticos han sido, por lo general, poco generosos con Bierce. Aunque reconocen que algunos de sus cuentos ('Un habitante de Carcosa', 'El camino a la luz de la luna', 'Episodio en el puente de Owl Creek') son clásicos, desdeñan la mayor parte de sus argumentos como meramente sorprendentes y califican su estilo de "vulgar" (Clinton Fadiman), "artificial" (E. F. Bleiler), "demagógico" (James Hart), "intrascendente" (Arnold Bennett). Los adjetivos son justos sólo si uno admite que lo son también para la mayoría de los escritores que llamamos populares, es decir, escritores que deliberadamente o por necesidad no son oscuros. Por el contrario: quizás el mayor mérito de Ambrose Bierce es que sus pesadillas son absolutamente límpidas, lúcidamente atroces. Bierce, como estos críticos olvidan, es un maestro del cuento corto: supera en lo horrorífico a Poe, en lo fantasmagórico a Lovecraft, en lo



macabro a Algernon Blackwood, en lo sarcástico a Mark Twain. Curiosamente, el Bierce de los *Cuentos inquietantes* está más cerca de los expresionistas alemanes que de sus propios antepasados puritanos, y la infamia humana es, en sus *Cuentos negros,* menos la excusa alegórica para una moraleja (como pudo serlo para Nathaniel Hawthorne) que el motivo de una crónica precisa, escandalosa e infernal (como en las novelas de Gustav Meyrink).

Alberto Mangel. *Las pesadillas de Ambrose Bierce.Diario El País,* 12/11/2011 (fragmento)

A continuación comenzamos con un cuento que tiene gran relevancia en la obra de Bierce. *Un habitante de Carcosa* se publicó en el *San Francisco Newsletter* en 1886, cuatro años antes de que Lovecraft naciera. Este último autor la incluiría en sus famosos *Mitos de Cthulthu,* publicados unos cuarenta años después.

Aparte de la calidad del texto y de su solidez, la elección de temas de espiritismo y ocultismo no solamente fue un recurso narrativo del autor. Puede parecer extraño que un escritor anticlerical y aun no creyente fuera sin embargo practicante o al menos mostrar sus simpatías por el espiritismo y la teosofía. También lo fue su amigo Mark Twain, pero como lo fueron muchos librepensadores y masones del siglo XIX y principios del XX.

La elección de nombres y la localización irreal en el mundo árabe del cuento nos recuerda a otro autor posterior y hoy reconocidamente universal, Jorge Luis Borges. No es casual.

***

Tras este magnífico cuento pasaremos a otro aspecto fundamental en la obra de Bierce: la fabulación. La fábula, como narración por cuya brevedad la emparentaría hoy con el *microrrelato*.

Al género fabulesco, originario de los clásicos griegos y latinos y cuyo exponente principal fue Esopo, traducido o versionado en siglos posteriores por autores como el francés La Fontaine o los españoles Iriarte y Samaniego, género con una carga crítica pero casi siempre aleccionadora, reformadora y dada al empleo de animales como elementos de *ventriloquía* tras los que hablan los humanos, Ambrose Bierce va a añadir unos elementos nuevos: la crítica social, marcada por su descreimiento en el ser humano y una nueva tipología en la relación de los animales. Un inmenso creador del siglo XX, Augusto Monterroso heredó del norteamericano esos conceptos que pueden leerse sin duda alguna en *La Oveja negra*, por ejemplo.

En la selección puede verse también la subversión realizada por Bierce de *El león y la espina,* leyenda basada en el esclavo Androclo, el león y el circo romano, que de alguna manera incorporó a su milagrería la iglesia católica a través de San Jerónimo y el león por él curado, que aparece a sus pies en la iconografía católica junto a los otros tres *padres de la iglesia.* En Bierce el león-trasunto del ser humano no sale muy bien parado en su humorística y ácida fábula.

Y también hay otro elemento fundamental que Bierce incluye brillantemente en su nueva concepción fabulística: los conceptos abstractos actuando como personajes que dialogan entre sí. Véase la fábula *El buen Gobierno.*

***

Y acabaremos esta primera parte dedicada a Bierce con dos cortos cuentos. Uno de nuevo en línea con temas ocultistas y el final con una conocida humorada fúnebre.□

Un habitante de Carcosa

Ambrose Bierce. Publicado en el San Francisco Newsletter. 25/12/1886. y recopilado en *Cuentos de soldados y civiles* en edición de 1891

«Existen diversas clases de muerte. En algunas, el cuerpo perdura, en otras se desvanece por completo con el espíritu. Esto solamente sucede, por lo general, en la soledad (tal es la voluntad de Dios), y, no habiendo visto nadie ese final, decimos que el hombre se ha perdido para siempre o que ha partido para un largo viaje, lo que es de hecho verdad. Pero, a veces, este hecho se produce en presencia de muchos, cuyo testimonio es la prueba. En una clase de muerte el espíritu muere también, y se ha comprobado que puede suceder que el cuerpo continúe vigoroso durante muchos años. Y a veces, como se ha testificado de forma irrefutable, el espíritu muere al mismo tiempo que el cuerpo, pero, según algunos, resucita en el mismo lugar en que el cuerpo se corrompió.»

Meditando estas palabras de Hali (¡Dios le conceda la paz eterna!), y preguntándome cuál sería su sentido pleno, como aquel que posee ciertos indicios, pero duda si no habrá algo más detrás de lo que él ha discernido, no presté atención al lugar donde me había extraviado, hasta que sentí en la cara un viento helado que revivió en mí la conciencia del paraje en que me hallaba. Observé con asombro que todo me resultaba ajeno. A mi alrededor se extendía una desolada y yerma llanura, cubierta de yerbas altas y marchitas que se agitaban y silbaban bajo la brisa del otoño, portadora de Dios sabe qué misterios e inquietudes. A largos intervalos, se erigían unas rocas de formas extrañas y sombríos colores que parecían tener un mutuo entendimiento e intercambiar miradas significativas, como si hubieran asomado la cabeza para observar la realización de un acontecimiento previsto. Aquí y allá, algunos árboles secos parecían ser los jefes de esta malévola conspiración de silenciosa expectativa. A pesar de la ausencia del sol, me pareció que el día debía estar muy avanzado, y aunque me di cuenta que el aire era frío y húmedo, mi conciencia del hecho era más mental que física; no experimentaba ninguna sensación de molestia. Por encima del lúgubre paisaje se cernía una bóveda de nubes bajas y plomizas, suspendidas como una maldición visible. En todo había una amenaza y un presagio, un destello de maldad, un indicio de fatalidad. No había ni un pájaro, ni un animal, ni un insecto. El viento suspiraba en las ramas desnudas de los árboles muertos, y la yerba gris se curvaba para susurrar a la tierra secretos espantosos. Pero ningún otro ruido, ningún otro movimiento rompía la calma terrible de aquel funesto lugar.

Observé en la yerba cierto número de piedras gastadas por la intemperie evidentemente trabajadas con herramientas. Estaban rotas, cubiertas de musgo, y medio hundidas en la tierra. Algunas estaban derribadas, otras se inclinaban en ángulos diversos, pero ninguna estaba vertical. Sin duda alguna eran lápidas funerarias, aunque las tumbas propiamente dichas no existían ya en forma de túmulos ni depresiones en el suelo. Los años lo habían nivelado todo. Diseminados aquí y allá, los bloques más grandes marcaban el sitio donde algún sepulcro pomposo o soberbio había lanzado su frágil desafío al olvido. Estas reliquias, estos vestigios de la vanidad humana, estos monumentos de piedad y afecto me parecían tan antiguos, tan deteriorados, tan gastados, tan manchados, y el lugar tan descuidado y abandonado, que no pude más que creerme el descubridor del cementerio de una raza prehistórica de hombres cuyo nombre se había extinguido hacía muchísimos siglos.

Sumido en estas reflexiones, permanecí un tiempo sin prestar atención al encadenamiento de mis propias experiencias, pero después de poco pensé: «¿Cómo llegué aquí?». Un momento de reflexión pareció proporcionarme la respuesta y explicarme, aunque de forma inquietante, el extraordinario carácter con que mi imaginación había revertido todo cuanto veía y oía. Estaba enfermo. Recordaba ahora que un ataque de fiebre repentina me había postrado en cama, que mi familia me había contado cómo, en mis crisis de delirio, había pedido aire y libertad, y cómo me habían mantenido a la fuerza en la cama para impedir que huyese. Eludí vigilancia de mis cuidadores, y vagué hasta aquí para ir… ¿adónde? No tenía idea. Sin duda me encontraba a una distancia considerable de la ciudad donde vivía, la antigua y célebre ciudad de Carcosa. En ninguna parte se oía ni se veía signo alguno de vida humana. No se veía ascender ninguna columna de humo, ni se escuchaba el ladrido de ningún perro guardián, ni el mugido de ningún ganado, ni gritos de niños jugando; nada más que ese cementerio lúgubre, con su atmósfera de misterio y de terror debida a mi cerebro trastornado. ¿No estaría acaso delirando nuevamente, aquí, lejos de todo auxilio humano? ¿No sería todo eso una ilusión engendrada por mi locura? Llamé a mis mujeres y a mis hijos, tendí mis manos en busca de las suyas, incluso caminé entre las piedras ruinosas y la yerba marchita.

Un ruido detrás de mí me hizo volver la cabeza. Un animal salvaje —un lince— se acercaba. Me vino un pensamiento: «Si caigo aquí, en el desierto, si vuelve la fiebre y desfallezco, esta bestia me destrozará la garganta». Salté hacia él, gritando. Pasó a un palmo de mí, trotando tranquilamente, y desapareció tras una roca. Un instante después, la cabeza de un hombre pareció brotar de la tierra un poco más lejos. Ascendía por la pendiente más lejana de una colina baja, cuya cresta apenas se distinguía de la llanura. Pronto vi toda su silueta recortada sobre el fondo de nubes grises. Estaba medio desnudo, medio vestido con pieles de animales; tenía los cabellos en desorden y una larga y andrajosa barba. En una mano llevaba un arco y flechas; en la otra, una antorcha llameante con un largo rastro de humo. Caminaba lentamente y con precaución, como si temiera caer en un sepulcro abierto, oculto por la alta yerba. Esta extraña aparición me sorprendió, pero no me causó alarma. Me dirigí hacia él para interceptarlo hasta que lo tuve de frente; lo abordé con el familiar saludo:

—¡Que Dios te guarde!

No me prestó la menor atención, ni disminuyó su ritmo.

—Buen extranjero —proseguí—, estoy enfermo y perdido. Te ruego me indiques el camino a Carcosa.

El hombre entonó un bárbaro canto en una lengua desconocida, siguió caminando y desapareció. Sobre la rama de un árbol seco un búho lanzó un siniestro aullido y otro le contestó a lo lejos. Al levantar los ojos vi a través de una brusca fisura en las nubes a Aldebarán y las Híadas. Todo sugería la noche: el lince, el hombre portando la antorcha, el búho. Y sin embargo, yo veía… veía incluso las estrellas en ausencia de la oscuridad. Veía, pero evidentemente no podía ser visto ni escuchado. ¿Qué espantoso sortilegio dominaba mi existencia?

Me senté al pie de un gran árbol para reflexionar seriamente sobre lo que más convendría hacer. Ya no tuve dudas de mi locura, pero aún guardaba cierto resquemor acerca de esta convicción. No tenía ya rastro alguno de fiebre. Más aún, experimentaba una sensación de alegría y de fuerza que me eran totalmente desconocidas, una especie de exaltación física y mental. Todos mis sentidos estaban alerta: el aire me parecía una sustancia pesada, y podía oír el silencio.

La gruesa raíz del árbol gigante contra el cual me apoyaba, abrazaba y oprimía una losa de piedra que emergía parcialmente por el hueco que dejaba otra raíz. Así, la piedra se encontraba al abrigo de las inclemencias del tiempo, aunque estaba muy deteriorada. Sus aristas estaban desgastadas; sus ángulos, roídos; su superficie, completamente desconchada. En la tierra brillaban partículas de mica, vestigios de su desintegración. Indudablemente, esta piedra señalaba una sepultura de la cual el árbol había brotado varios siglos antes. Las raíces hambrientas habían saqueado la tumba y aprisionado su lápida. Un brusco soplo de viento barrió las hojas secas y las ramas acumuladas sobre la lápida. Distinguí entonces las letras del bajorrelieve de su inscripción, y me incliné a leerlas. ¡Dios del cielo! ¡Mi propio nombre…! ¡La fecha de mi nacimiento…! ¡Y la fecha de mi muerte!

Un rayo de sol iluminó completamente el costado del árbol, mientras me ponía en pie de un salto, lleno de terror. El sol nacía en el rosado oriente. Yo estaba en pie, entre su enorme disco rojo y el árbol, pero ¡no proyectaba sombra alguna sobre el tronco!

Un coro de lobos aulladores saludó al alba. Los vi sentados sobre sus cuartos traseros, solos y en grupos, en la cima de los montículos y de los túmulos irregulares que llenaban a medias el desierto panorama que se prolongaba hasta el horizonte. Entonces me di cuenta que eran las ruinas de la antigua y célebre ciudad de Carcosa.

Tales son los hechos que comunicó el espíritu de Hoseib Alar Robardin al médium Bayrolles.☐

Fábulas fantásticas. *Fantastic fables*

Ambrose Bierce. Publicados por el autor en un volumen de 99 fábulas. *Putman*, New York. 1899 -selección-

EL PATRIOTA INGENIOSO

Habiendo obtenido una audiencia del Rey, un Patriota Ingenioso extrajo un papel del bolsillo, diciendo:

-Espero que esta fórmula que tengo aquí para construir un blindaje que ningún cañón puede perforar sea del agrado de Su Majestad. Si este blindaje es adoptado en la Armada Real, nuestros barcos de guerra serán invulnerables, y por consiguiente invencibles. Aquí, también, están los informes de los Ministros de Su Majestad, certificando el valor de la invención. Me desprenderé de mis derechos sobre ella por un millón de tumtums.

Tras examinar los papeles, el Rey los apartó, y le prometió una orden del Tesorero Mayor del Departamento de Exacción por el valor de un millón de tumtums.

-Y aquí -dijo el Patriota Ingenioso, extrayendo otro papel de otro bolsillo -están los planos de un cañón de mi invención, que perforarán ese blindaje. El Real hermano de Su Majestad, el Emperador de Bang, está ansioso por comprarlo, pero mi lealtad al trono y a la persona de Su Majestad me obliga a ofrecerlo primero a Su Majestad. Su precio es de un millón de tumtums.

Habiendo recibido la promesa de otro cheque, hundió su mano en otro bolsillo, diciendo:

-El precio del cañón irresistible hubiese sido mucho mayor, Su Majestad, si no fuese por el hecho de que sus proyectiles pueden ser efectivamente desviados por mi peculiar método de tratar las corazas blindadas con un nuevo...

El Rey hizo al Gran Factótum una seña para que se aproximara.

-Revisa a este hombre -le dijo-, e infórmame cuántos bolsillos tiene.

-Cuarenta y tres -dijo el Gran Factótum, tras completar el escrutinio.

-Puede complacer a Su Majestad -exclamó el Patriota Ingenioso, presa del terror-, saber que uno de ellos contiene tabaco.

-Cuélguenlo de los tobillos y sacúdanlo bien -dijo el Rey-. Después entréguenle un cheque por cuarenta y dos millones de tumtums y mátenlo. En este acto decreto que la ingenuidad es un crimen capital.

EL LEÓN Y LA ESPINA

Un León que vagaba por el bosque se clavó una espina en la pata, y al encontrar un Pastor, le pidió que se la extrajera. El Pastor lo hizo, y el León, que estaba saciado porque acababa de devorar a otro pastor, siguió su camino sin hacerle daño. Algún tiempo después, el Pastor fue condenado, a causa de una falsa acusación, a ser arrojado a los leones en el anfiteatro. Cuando las fieras estaban por devorarlo, una de ellas dijo:

-Este es el hombre que me sacó la espina de la pata.

Al oír esto, los otros leones honorablemente se abstuvieron, y el que habló se comió él solo al Pastor.

LA ZARIGÜEYA DEL FUTURO

Un día, una Zarigüeya que se había dormido colgada de la cola, en la rama más alta de un árbol, despertó y vio una enorme Víbora enroscada cerca de la rama, entre ella y el tronco del árbol.

-Si me quedo -se dijo-, me engullirá; si me dejo caer me romperé el cuello.

Pero súbitamente se le ocurrió una estratagema.

-Mi perfecto amigo -dijo-, mi instinto paternal reconoce en usted una noble evidencia e ilustración de la teoría del desarrollo. Usted es la Zarigüeya del Futuro, el Sobreviviente Mejor Adaptado, último de nuestra especie, el fruto maduro de la prensilidad progresiva: ¡pura cola!

Pero la Víbora, orgullosa de su antigua superioridad en la historia de las Escrituras, fue estrictamente ortodoxa y no aceptó el punto de vista científico.

EL PURO PERRO

Un León, viendo a un perro de lanas, estalló en carcajadas ante lo ridículo del espectáculo.

-¿Quién vio alguna vez una bestia tan pequeña? -dijo.

-Es muy cierto -dijo el perro de lanas con austera dignidad- que soy pequeño; pero le ruego que tome nota, señor, de que soy puro perro.

LA OVEJA Y EL LEÓN

-Eres una bestia de guerra -le dijo la Oveja al León-, por eso los hombres te buscan para matarte. A mí, que soy una creyente en la no resistencia, no me cazan.

-No necesitan hacerlo -replicó el hijo del desierto-; pueden criarte.

LA VIUDA INCONSOLABLE

Una Mujer con lutos de viuda lloraba sobre una tumba.

-Consuélese, señora -dijo un Simpático Desconocido-. La piedad del Cielo es infinita. En algún lado hay otro hombre, además de su esposo, con quien usted puede ser feliz.

-Lo había, lo había -sollozó ella-, pero está en esta tumba.

EL LIMITE

El Rey de las Islas Faraway designó primer ministro a su caballo, y cabalgaba sobre un hombre. Observando que bajo el nuevo orden de cosas el reino prosperaban, un anciano estadista aconsejó al Rey que se pusiera a pastar y ubicara un buey en el trono.

-No -dijo el soberano, pensativamente-, un buen principio puede ser llevado a extremos injuriosos. La verdadera reforma se detiene a un paso de la revolución .☐

EL FUNCIONARIO CONSCIENTE

Mientras un Superintendente de División de un ferrocarril estaba cumpliendo con la mayor aplicación su tarea de poner obstáculos en los rieles y alterar los cambios de vía, recibió la noticia de que el Presidente de la compañía iba a despedirlo por incompetente.

-¡Buen Dios! -exclamó-. ¡Si hay más accidentes en mi división que en todo el resto de la línea!

-El Presidente es muy riguroso -dijo el Hombre que había traído la noticia-; él piensa que las mismas pérdidas de vidas podrían obtenerse con menos daño a la propiedad de la compañía.

-¿Espera que arroje a los pasajeros a través de las ventanillas? -exclamó el indignado funcionario, cruzando un durmiente sobre los rieles-. ¿Me toma por un asesino?

EL BUEN GOBIERNO

-¡Qué territorio feliz eres! -dijo una Forma Republicana de Gobierno a un Estado Soberano-. Sé bueno y quédate quieto en tanto paseo encima de ti, cantando los elogios del sufragio universal y disertando sobre las bendiciones de la libertad civil y religiosa. Mientras, puedes mitigar tus penas maldiciendo al poder unipersonal y a las decadentes monarquías de Europa.

El Estado replicó:

-Mis servidores públicos han sido tontos y pillos, desde la fecha de tu ascenso al poder; mis cuerpos legislativos -tanto los estatales como los municipales- son bandas de ladrones; mis impuestos son insoportables; mis Cortes, corruptas; mis ciudades, una desgracia para la civilización; mis corporaciones tienen sus manos en la garganta de todos los intereses particulares... La totalidad de mis asuntos está en desorden y en criminal confusión.

-Cuanto dices es muy cierto -respondió la Forma Republicana de Gobierno, poniéndose sus zapatos claveteados-, pero considera cómo te emociono cada Cuatro de julio[1].

LOS DOS LOROS

Un Autor que había hecho una fortuna escribiendo vulgaridades, tenía un Loro.

-¿Por qué no tengo una jaula de oro? -preguntó el ave.

Y le respondió su dueño:

-Porque tú piensas mejor de lo que repites, como lo demuestra tu pregunta. Y porque no tenemos la misma audiencia.

IMPREVISIÓN

Una Persona que había caído de la riqueza a la indigencia pidió limosna a un Hombre Rico.

-No -dijo el Hombre Rico-, no conservaste lo que tenías. ¿Qué seguridad tengo de que conservarás lo que yo te dé?

-Pero no quiero conservarlo-explicó el mendigo-. Lo quiero para cambiarlo por pan.

-Eso es exactamente lo mismo -dijo el Hombre Rico-. No conservarías el pan.

1. el 4 de julio celebran los EUA el día de su independencia deeclarada en ese día de 1776 . [Nota FRKA]

EL LEGISLADOR Y EL JABÓN

Un miembro de la Legislatura de Kansas que se cruzó con un jabón, pasaba junto a él sin reconocerlo, pero el jabón insistió en detenerlo y estrecharle las manos. Pensando que se hallaba en goce de inmunidad parlamentaria, el legislador le dio un cordial e intenso apretón de manos. Al abandonarlo, advirtió que una parte del Jabón había quedado adherida en sus dedos, y corriendo muy alarmado hacia un arroyo, procedió a lavárselos. Para hacerlo, se vio obligado a frotarse ambas manos, y cuando terminó de lavarlas, quedaron tan blancas, que se metió en cama y mandó llamar a un médico.

EL HOMBRE QUE NO TENIA ENEMIGOS

Una persona inofensiva que paseaba por un lugar público, fue atacada por un desconocido, con un garrote, y severamente golpeada.

cuando el desconocido con un garrote fue sometido a juicio, su víctima dijo al Juez:

-Ignoro por qué me atacó; no tengo un enemigo en el mundo.

-Esa -dijo el acusado- es la razón por la que lo golpeé.

-El prisionero queda absuelto -dijo el juez-; un hombre que no tiene enemigos, no tiene amigos. Los tribunales no se hicieron para esta gente.

LA POETISA DE LA REFORMA

Un hermoso día de la última parte de la eternidad, mientras las sombras de todos los grandes escritores reposaban en lechos de asfódelos y molis en los Campos Elíseos, cada uno de ellos muy feliz al escuchar de labios de todos los otros sólo copiosas citas de la propia obra (porque a tal efecto Júpiter había hechizado generosamente sus oídos), llegó allí con aire triunfador una Sombra a la que nadie conocía. Ella (porque la recién llegada mostraba evidencias de su sexo tales como el cabello cortado corto y un andar varonil) tomó asiento en medio de ellos, y con sonrisa de superioridad explicó:

-Tras siglos de opresión arranqué mis derechos de manos de los dioses celosos. Sobre la tierra yo fui la Poetisa de la Reforma y canté para oídos desatentos. Ahora canto para una eternidad de honor y de gloria.

Pero no habría de ser así, y muy pronto ella fue la más infeliz de las inmortales, anhelando vanamente volver a errar en las tinieblas junto a los lagos infernales. Porque Júpiter no había hechizado su oído, y de los labios de cada sombra bendita sólo surgían copiosamente las citas de las obras de los otros. Además, a ella le había sido negada la felicidad de recitar sus poemas. No recordaba un solo verso suyo, porque Júpiter había decretado que el recuerdo de sus poemas habitara el penoso dominio de Plutón, como parte del castigo.

EL MÉDICO COMPASIVO

Un médico de buen vorazón sentado a la cabecera de un paciente aquejado por una enfermedad incurable y dolorosa, escuchó un ruido tras él, y volviéndose vio a un gato que se reía de los débiles esfuerzos de un ratón herido, por arrastrarse fuera de la habitación.

-¡Bestia cruel! -exclamó- ¿Por qué no lo matas de una vez, como una dama?

Levantándose, sacó al gato a puntapiés de la habitación, y recogiendo al ratón, compasivamente lo arrebató a sus sufrimientos retorciéndole el cuello. Requerido desde el lecho por los gemidos de su paciente, el médico de buen corazón administró un estimulante, un tónico y un nutriente, y se fue. ☐

Un diagnóstico de muerte. *A Diagnosis of Death*

Ambrose Bierce. Aparecido en el *New York Journal*, 1901 . Posteriormente incluido dentro de varias ediciones de *Cuentos inquietantes*

—Yo no soy tan supersticioso como algunos de sus colegas u hombres de ciencia, como a ustedes les gusta que se les llame —dijo Hawver en respuesta a una acusación que no había sido hecha—. Algunos de ustedes, aunque he de admitir que solo unos pocos, creen en la inmortalidad del alma y en apariciones a las que no tienen la honradez de llamar fantasmas. Mis convicciones no van más allá de afirmar que a veces se ve a los vivos donde ya no están, aunque han estado; donde han vivido durante tanto tiempo, y tal vez con tanta intensidad que han dejado sus huellas sobre todo lo que les rodeaba. Sé, claro está, que el entorno en que uno vive puede verse tan afectado por la propia personalidad que puede producir una imagen de uno mismo ante los ojos de otro, mucho después. Sin duda la personalidad que produce la impresión ha de ser del tipo apropiado, como los ojos que la perciben han de ser el tipo adecuado de ojos. Los míos, por ejemplo.

—Sí, el tipo adecuado de ojos, enviando sensaciones a la clase de cerebro inadecuada —dijo el Dr. Frayley sonriendo.

—Muchas gracias; da gusto ver complacidas las esperanzas que uno tiene. Es más o menos la respuesta que suponía que usted cortésmente daría.

—Lo siento. Pero usted afirma que sabe. Eso es mucho decir, ¿no cree? Tal vez no tenga inconveniente en revelar cómo lo sabe.

—Usted dirá que es una alucinación —dijo Hawver—, pero no importa.

Y entonces contó la historia:

—Como usted ya sabe, el verano pasado fui a pasar la temporada de calor en la ciudad de Meridian. El pariente en cuya casa tenía intención de residir estaba enfermo, por lo que busqué otro alojamiento. Tras diversas dificultades, conseguí alquilar una vivienda vacía que había sido ocupada por un doctor excéntrico, llamado Mannering, que se había marchado años antes sin que nadie supiera dónde, ni siquiera su agente. Él mismo había construido la casa y había vivido en ella con un viejo criado durante unos diez años. Su práctica, nunca muy amplia, había sido abandonada completamente tras los primeros años. Y no solo eso, sino que se había recluido y se había apartado casi totalmente de la vida social. El médico del pueblo, única persona con la que había tenido alguna relación, me contó que durante su retiro se había dedicado a un solo campo de estudio y expuso sus resultados en un libro que no contó con la aprobación de sus colegas profesionales quienes, evidentemente, consideraban que no estaba en sus cabales. No he visto el libro y ahora no recuerdo el título, pero me han dicho que exponía una teoría bastante asombrosa. Mantenía que, en más de un caso, era posible predecir con precisión la muerte de una persona con buena salud, meses antes de que se produjera. El límite, creo, era dieciocho meses. Existían leyendas locales sobre el ejercicio de sus poderes de pronóstico, aunque usted tal vez prefiera llamarlo diagnóstico. Y se decía que en todos los casos la persona a cuyos amigos él había avisado, murieron repentinamente, en la fecha establecida, sin causa aparente. Todo esto, sin embargo, no tiene nada que ver con lo que voy a contarle; pensé que podría resultarle divertido a un médico.

"La casa estaba amueblada tal y como él la había dejado. Resultaba una vivienda bastante lúgubre para alguien que no era ni un recluso ni un estudiante; creo que me transmitía algo de su carácter, del carácter de su anterior ocupante, pues siempre que estaba en ella sentía una cierta melancolía que no se debía ni a mi natural disposición ni, me parece, a la soledad. Yo no tenía criados que durmieran en la casa, sino que, como usted sabe, siempre he disfrutado mucho con mi propia compañía y he sido muy aficionado a la lectura, aunque menos al estudio. Fuera cual fuera la causa, su efecto fue el abatimiento y la sensación de un mal inminente; esto ocurría especialmente en el despacho del doctor Mannering, a pesar de que aquella habitación era la más luminosa y aireada de la casa. El retrato del doctor, un óleo de tamaño natural, colgaba de una de las paredes y parecía dominar el cuarto completamente. No había nada extraño en el cuadro: el individuo era bastante bien parecido, de unos cincuenta años, con el pelo gris, una cara bien rasurada y los ojos serios y oscuros. Sin embargo, había algo en él que atraía mi atención. El aspecto de aquel hombre llegó a resultarme familiar, y me rondaba.

“Una tarde, cuando me dirigía a la mía, pasé por esa habitación con un candil (en Meridian no hay gas). Como siempre, me detuve ante el cuadro que, a la luz del candil, parecía tener una nueva expresión, difícil de describir, aunque claramente misteriosa. Aquello me interesó, pero no llegó a preocuparme. Moví la luz de un lado a otro y observé los efectos que dicho movimiento producía. Mientras lo hacía, tuve el impulso de volverme. Cuando lo hice, vi que un hombre cruzaba la habitación ¡en dirección a mí! En cuanto estuvo lo suficientemente cerca para que la luz del candil le iluminara la cara vi que se trataba del propio doctor Mannering; ¡era como si el retrato caminara!

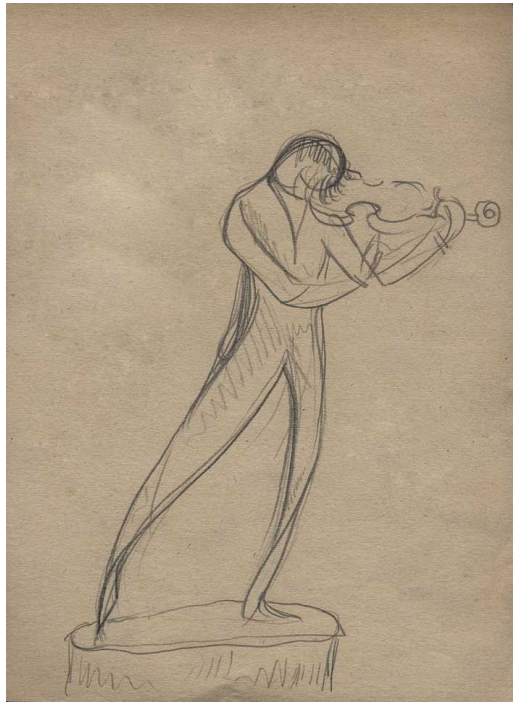
“—Perdón —le dije con cierta frialdad—, pero si ha llamado a la puerta no le he oído.

“Pasó a mi lado, a muy corta distancia, levantó el dedo índice en señal de advertencia y, sin decir una palabra, salió de la habitación, aunque no vi su salida más de lo que había visto su entrada.

“Por supuesto, no hace falta que le diga que esto fue lo que usted llamaría una alucinación y yo una aparición. La habitación no tenía más que dos puertas, una de las cuales estaba cerrada con llave; la otra conducía a un dormitorio que no tenía salida. Lo que sentí al darme cuenta de esto no es parte importante del suceso.

“Indudablemente le parecerá una típica historia de fantasmas, construida con la trama característica establecida por los viejos maestros de este arte. Si así fuera, no debería haberla contado, aunque fuese cierta. Pero aquel hombre no estaba muerto; hoy lo he visto en la calle de la Unión: me lo crucé en medio de una multitud.”

Hawver había terminado su relato y los dos hombres permanecieron en silencio. El doctor Frayley, abstraído, daba golpecitos sobre la mesa con los dedos.



Dibujo de Acín , quizá para una pieza en chapa recortada como otras así realizadas por el artista. 1928-30

—¿Le dijo algo hoy —preguntó—, algo de lo que usted pudiera deducir que no estaba muerto?

Hawver se le quedó mirando, sin decir nada.

—Tal vez —prosiguió Frayley— le hizo una indicación, un gesto levantando un dedo en señal de advertencia… Es una manía que él tenía, algo que acostumbraba a hacer cuando decía algo serio, cuando anunciaba el resultado de un diagnóstico, por ejemplo.

—Sí, eso fue lo que hizo. Lo mismo que había hecho su aparición. Pero ¡Dios santo! ¿Es que usted le conoció?

Era evidente que Hawver estaba poniéndose nervioso.

—Sí, le conocí. Y he leído su libro, como tendrán que hacer todos los médicos algún día. Se trata de una de las más sorprendentes e importantes contribuciones de este siglo a la ciencia médica. Sí, le conocí; le atendí cuando estuvo enfermo hace tres años. Murió.

Hawver, claramente turbado, abandonó su silla de un salto y se puso a recorrer la habitación de un lado a otro; luego se acercó a su amigo y le dijo con un tono poco firme:

—Doctor, ¿tiene usted algo que decirme como médico?

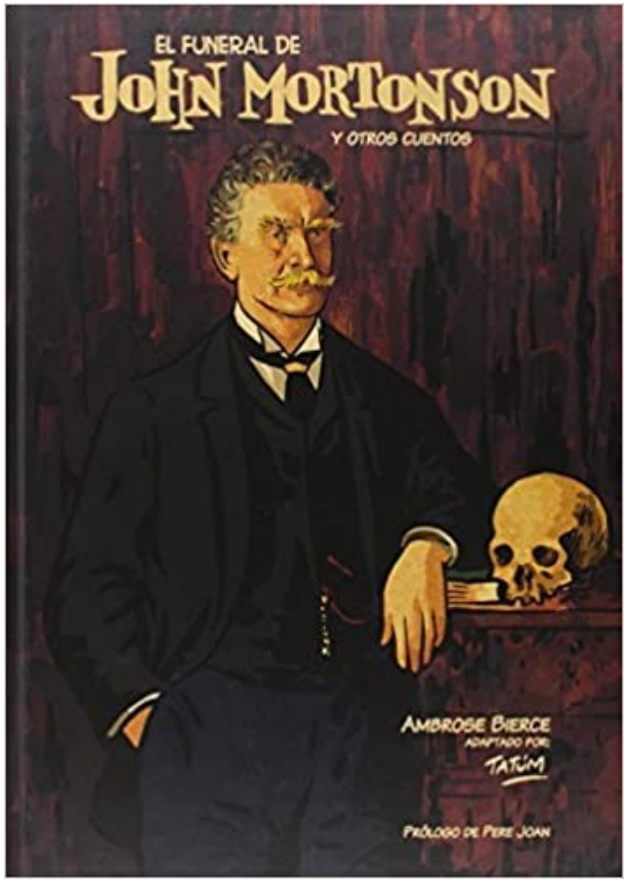
—No, Hawver; es usted el hombre más sano que he visto. Como amigo, le aconsejo que se marche a su habitación. Toca usted el violín como un ángel. Tóquelo pues; toque algo alegre y animado. Aparte este maldito asunto de su mente.

Al día siguiente Hawver fue encontrado muerto en su dormitorio, con el violín en el cuello, el arco sobre las cuerdas y una partitura con la marcha fúnebre de Chopin ante él.☐

El Funeral de John Mortonson

Ambrose Bierce. Cosmopolitan Magazine NY, 1906

John Mortonson se murió: su obituario había sido leído y él había dejado la escena.



El cuerpo descansaba en un fino ataúd de mahogany con una placa de cristal empotrada. Todos los ajustes para el funeral habían sido tan bien previstos que sin duda, si el difunto los hubiera conocido, sin duda los habría aprobado. El rostro, como se podía ver a través del cristal, no tenía semblante de desagrado: perfilaba una tenue sonrisa, como si la muerte no le hubiera resultado dolorosa, no estando distorsionado más allá del poder reparador del empleado de la funeraria. A las dos de la tarde los amigos fueron citados para rendir su último tributo de respeto a aquel quien no había tenido mayor necesidad de amigos y de respeto. Los miembros de su familia fueron pasando cada varios minutos a la capilla y lloraron sobre los restos plácidos bajo el cristal. Esto no fue bueno; no fue bueno para John Mortonson; pero en presencia de la muerte la razón y la filosofía permanecen mudas.

A medida que las horas iban pasando, los amigos iban llegando y ofrecían consuelo a los parientes dolidos, quienes, como las circunstancias de la ocasión requerían, estaban solemnemente sentados alrededor de la habitación con un importante conocimiento de su importancia en la pompa fúnebre. Luego vino el ministro, y en tal oscura presencia las más mínimas luces se eclipsaron. Su entrada fue seguida por la de la viuda, cuyas lamentaciones llenaron la estancia. Ella se acercó a la capilla y luego de inclinar su rostro contra el frío cristal por un momento, fue gentilmente conducida hacia un asiento cercano al de su hija. Lúgubremente y en tono bajo, el hombre de Dios comenzó su elogio de la muerte, y su dolorosa voz, mezclada con los sollozos cuya intención era para estimular al auditorio, pareció como el sonido del mar sombrío. El deprimente día se oscureció a medida que él hablaba; una cortina de nubes acechó el cielo y un par de gotas de lluvia se hicieron audibles. Pareció como si la naturaleza entera estuviera llorando por John Mortonson.

Cuando el ministro hubo terminado su elogio con una oración, se cantó un himno y los portadores del féretro tomaron su lugar detrás del mismo. Cuando las últimas notas del himno tocaron a su fin la viuda corrió hasta el ataúd, cayendo sobre el mismo y llorando histéricamente. Gradualmente fue cediendo a la disuasión y a comportarse; y el ministro trataba de alejar su vista de la muerte bajo el cristal. Ella extendió sus brazos y con un grito cayó insensible.

Los dolientes se acercaron al ataúd, los amigos los siguieron, y cuando el reloj sobre el mantel solemnemente daba las tres, todos miraron fijamente sobre el rostro del difunto John Mortonson.

Ellos retrocedieron, débilmente. Un hombre, tratando en su terror de escapar de la desagradable visión, tropezó contra el ataúd pesadamente golpeando uno de sus delicados soportes. El ataúd cayó al piso y el cristal estalló en miles de pedazos por el golpe.

Desde la abertura del cristal salió el gato de John Mortonson, que perezosamente brincó al piso, sentándose, limpiando tranquilamente su criminal hocico con la pata delantera, para retirarse con dignidad de la estancia.☐